

El cuerpo y la sangre del Señor

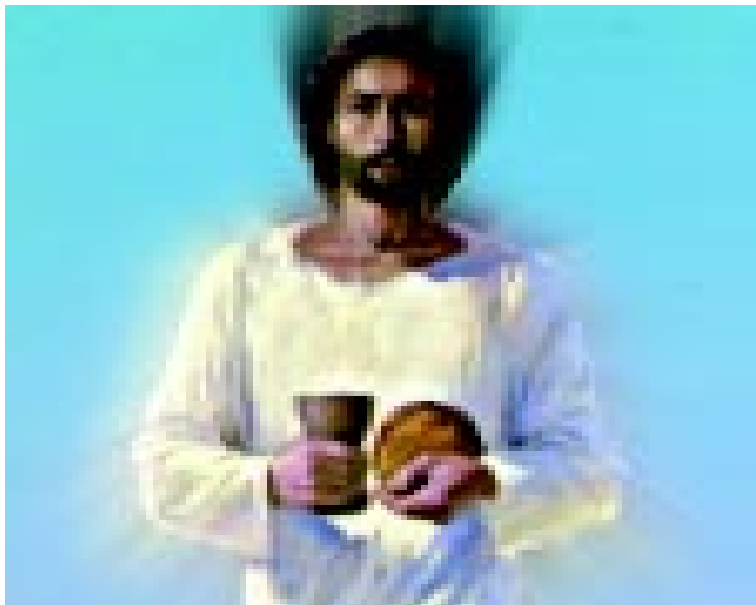
HUGO ESTRADA

Un joven me contaba que había asistido a una Misa, en latín, al estilo antiguo. Me aseguraba que se había extasiado, que le gustaría que la Misa fuera siempre así. Le hice ver que nuestra Iglesia modificó su liturgia para que la Misa obligara a las personas a salir de sí mismas y a comprometerse más con Dios y con los hermanos y hermanas.

La Eucaristía no consiste en un acto "intimista" entre Dios y el individuo, sino en una relación comunitaria entre Dios con sus hijos e hijas. En el pasado se cayó en el error de cultivar, muchas veces, la piedad "intimista": la persona se preocupaba de su relación directa con Dios; pero descuidaba su relación con el hermano. Nuestra Eucaristía, en la actualidad, busca, por todos los medios, revivir las eucaristías, gozosas, y fraternales, de los primeros cristianos, en donde reinaba el verdadero amor y la vivencia alegre de la presencia de Jesús en medio de la comunidad. Así se evidencia en el capítulo segundo del Libro de los Hechos de los Apóstoles, y en los escritos de los primeros Padres de la Iglesia.

Un solo pan

Jesús aseguró que donde dos o tres "se pusieran de acuerdo" en su nombre, allí estaría él presente (Mt 19, 19-20). Una Eucaristía es ante todo una experiencia de "comunidad". Común unión entre los hermanos para poder tener comunión con Dios. Una Eucaristía es momento de "reconciliación". Es la oportunidad de sentirnos perdonados por Dios y de vernos obligados a que ese perdón siga fluyendo hacia los hermanos que nos rodean. Hacia el esposo y esposa. Hacia los hijos e



hijas. Hacia los amigos y los enemigos. No puede haber Eucaristía, comunión, si existe desunión entre los hermanos; si nos resistimos a perdonar, a comprender.

San Pablo levantó su voz contra los corintios, que pretendían comulgar con el "cuerpo de Cristo", mientras entre ellos había divisiones. En la comunidad se decía: "Yo soy de Pablo; yo soy de Apolos, yo soy de Pedro, yo soy de Cristo" (1 Cor 1,12). Pablo les hizo reflexionar acerca de que así como el pan, que se partía, era uno solo, así también ellos debían formar una comunión en el Cuerpo de Cristo.

En la antigüedad, según la costumbre judía, el que presidía la mesa rompía un pan grande y lo repartía entre los comensales. Así lo hizo Jesús en la Última Cena. Así se estilaba en los primeros tiempos. Era un gesto muy significativo: un solo pan repartido entre muchos. La copa de vino se iba pasando de uno a otro. Todos bebían del mismo cáliz. Este rito se ha perdido, lastimosamente.

Un solo pan. Una sola copa. Todo el rito llevaba a formar comunidad, comunión. No se puede pretender comulgar con Dios si antes no se ha comulgado con los Hijos de Dios. Este es un aspecto que deja mucho que desear todavía en nuestras Eucaristías.

Durante siglos nuestras gentes se acostumbraron a ser "espectadores". Todo lo hacía el sacerdote: él leía y cantaba en latín. Los demás debían permanecer en silencio. Los feligreses repetían, mecánicamente, algunas frases que comprendían a medias. Todo este ritual obsoleto – por algo tuvo que cambiarlo el Concilio Vaticano II – mal acostumbró a la gente: no la enseñó a ser "asamblea" viva, "comunidad". En la actualidad estamos luchando por reeducar a nuestros fieles; estamos buscando que aprendan a ser "participantes" en la Eucaristía, y no simples "espectadores".

Las Eucaristías de los primeros cristianos eran muy participadas, y los llevaron a cuestionarse seriamente

acerca de sus divisiones de tipo social: patronos y esclavos. Lo inaudito se verificó en las Misas de los primeros cristianos: patronos y esclavos pudieron compartir la misma mesa, el mismo pan, el mismo cáliz, porque en medio de ellos estaba la presencia mística de Jesús.

Las Eucaristías vivenciales y participadas llevaron a las primeras comunidades cristianas a revolucionar sus sistemas de vida: los que tenían más vendían sus posesiones para que nadie en la comunidad pasara por penurias económicas (Hch 4, 34-35). Algo que, ahora, nos parece inaudito. Todo esto se conseguía por medio de la Cena del Señor en la que no había ritualismos que entorpecieran, sino espontaneidad dictada por la fe y por el amor. Es cierto que hubo abusos, pero prevalecieron los beneficios, las bendiciones.

Es inútil querer que existan verdaderas eucaristías si no se hace hincapié en la "auténtica comunión entre los fieles". En estas deficiencias, la culpa es más de los sacerdotes que de los fieles. Así como en una orquesta se proyecta la pericia del director, así también en la Eucaristía se percibe el ritmo espiritual que el sacerdote le va imprimiendo a la asamblea. Hay mucho camino todavía por andar. Lo importante es que ya comenzamos a concientizarnos sobre la urgencia de vitalizar nuestras Misas.

Hay que saber salir de la iglesia

Al terminar la Misa, el sacerdote nos invita a "saber salir de la iglesia". Nos dice: "Vayan en paz". No significa: Tranquilen su conciencia; ya cumplieron con el precepto de la Misa. "Vayan en paz" significa: ya recibieron la paz que no regalan ni los sicólogos, ni los comerciantes; ya recibieron la paz que solamente Jesús nos puede ofrecer. Ya recibieron la paz; ahora vayan a repartirla



BSCAM

por las calles. Vayan a celebrar su Misa en la calle. Vayan a ser otros "Jesús": repartan paz a todo el que encuentren.

En un monasterio de Suiza hay un cuadro muy vistoso: del altar, en donde se celebra la Eucaristía salen rayos de luz que se van hacia el suelo y se extienden hacia todos lados; salen de la iglesia y se dispersan por las casas del pueblo. Eso quiere decir "Vayan en paz": Sean esos rayos eucarísticos que se dispersan por la ciudad. Lo más difícil de la Misa es saber salir de la Iglesia como hostias vivas para que todo el que se encuentre con nosotros pueda comulgar con Jesús.

Los apóstoles no supieron salir así de la primera Eucaristía en la que participaron. Esa misma noche, durante la Eucaristía, todavía estaban alegando acerca de los primeros puestos. Todavía se creían muy autosuficiente: "Aunque todos se escandalicen, yo jamás te abandonaré", dijo Pedro, y ése era el sentir de cada uno. En su primera comunión, los apóstoles no estaban todavía bien preparados para "comulgar". Estaban aprendiendo a comulgar. Por eso la comunión no les surtió el efecto deseado. A los pocos

instantes ya estaban negando a Jesús y abandonándolo. Le tuvieron miedo a la cruz.

Ahora es el momento para que, dentro de la Iglesia, alrededor de la mesa eucarística, podamos meditar en el gran compromiso que significa participar en una Eucaristía. No se trata de narcotizarnos un momento para no recordar lo duro de la vida diaria; no se trata de jugar a ser buenos una hora. La participación en la Eucaristía nos lleva a llenarnos de la fuerza que nos da el Cuerpo de Cristo, para salir a la calle y ser nosotros mismos una procesión de gozo, de buenas noticias de salvación, de amor, de duro trabajo para ayudar a los hermanos. Para construir un mundo en que haya menos "smog" de pecado, de egoísmo y de violencia. Para que la Eucaristía siga viviéndose en nuestra casa, en la fábrica, en la oficina, en el bus, en la calle. Al salir de la iglesia, los demás deben saber si fuimos a recibir un "narcótico" o si nos alimentamos del Cuerpo de Cristo, que nos hace mejores, más humanos y más divinos en nuestra manera de vivir en medio del mundo.



Este artículo en formato PDF en:
www.boletinsalesiano.info